

Alguien revisa el cuaderno de tapas rojas

Confesaré antes de que se acabe el oxígeno y un segundo después suceda el final de todo lo que existe. El viento se detiene, nadie será capaz de respirar. En la playa hay un hombre sentado. Es rosa, un rosa atormentado por el sol. Ya no distingue la comezón que eso le provoca en las nalgas, ni tampoco se fija en las marcas que el resorte del calzón le deja impresas en la cintura. A lo lejos, otro hombre viene andando y mira al hombre que se rasca. Le parece idéntico: un doble. Es el Diablo, piensa: ése es el Diablo. Se acerca y le dice: Eres el Diablo.

No hablan más. El hombre que venía andando se sienta en el lugar del hombre rosa y lo imita. Se arrancan mechones de pelo. A veces observan con detenimiento... en la palma de su mano... toda la creación. Los dos saben que no hay ni habrá algo que haya funcionado en ausencia del otro. El error, piensa el hombre rosa, es la causa de todo lo vivo, y cualquier defecto, cualquier mentira, se convierte en verdad si la construyes con objetos: un sobre, el fuego de esta fogata, los organismos vivos, las cajas amontonadas en la playa norte, las vías oxidadas con que se colecta el guano, las muñecas encontradas en la Gran Roca.

La importancia del Diablo, piensa el hombre que venía andando, radica en que resulta imposible entender el sistema dentro del sistema. Necesitas la perspectiva de la periferia o del suelo para que la verdad sea verdad y no una idea en la cabeza del creador. Para que algo suceda es importante que tires de estos pelos y te los arranques por mechones. Son la prueba de que, en esta isla, existes.

De que esta isla existe.

El cuaderno de los amarillos

Se miró al espejo y perdió la razón. Tenía los labios llagados, la nariz reventada de pústulas, las orejas inundadas de cerilla, el cabello endurecido y hecho nudos. Durante las horas muertas se lo arrancaba a tirones. También se había despedazado las uñas con los dientes. Ya no lo recuerda, pero alguna vez se llamó Gustave Schultz, tuvo un hermano gemelo, eran naturales de Bruenn, y Gustave llegó a esta orilla el Año del Agua, que coincide con 1906. Venía representando a la compañía Oceanic Phosphate y en calidad de gerente general de la Red Dragon Ltd.

Resignado a sobrevivir a cualquier clima gracias a su enorme tamaño y sin otra expectativa que hacerse rico, el hombre buscaba su momento. Primero registró cada detalle en un cuaderno de tapas rojas: los kilos de mierda recolectada, las especies de pájaros que ahí defecaban, las bondades del abono, los ingresos, las vacaciones que acumulaba, los barcos que llegaban y se iban, el tamaño de su cuenta bancaria. Si un día decidió cambiar de método y llevar los números en la cabeza fue porque un huracán arrasó con la isla. Schultz le echaba la culpa a su gemelo. Soñaba con él y lo veía sitiando su isla a bordo de una lancha. La semana que pasó en la cúspide del risco esperando a que el agua bajase fue suficiente para entender que ninguna herramienta, ningún palo o muleta, ningún tipo de tinta o papel son extensiones del cuerpo, ni de la memoria. Aunque también es verdad que, a veces, se ayudaba haciendo sumas en la arena. En su haber contaba cincuenta años, un permiso de explotación que literalmente era papel mojado y una visa otorgada por tres países. Cada una le permitía residir en ese atolón que todavía era tierra de nadie. Una isla que solía hundirse.

Cuando era niño dibujaba islas imaginarias y jugaba a producir volcanes. Juntaba todos los químicos del laboratorio que había en la casa familiar y los ponía en un matraz, luego los calentaba con una lámpara de alcohol seco. Aquello producía lava de colores y, a veces, heridas en las manos, y explosiones. Su hermano hacía lo mismo y sus volcanes siempre fueron mejores.

En una ocasión la cosa se salió de control y el fuego les brincó a la ropa. El menor de los gemelos se quemó la mano, el otro lloró toda la tarde. La cicatriz en el brazo de Gustave lo hizo diferente. De algún modo lo agradeció: ese día dejaron de ser idénticos. El futuro acechaba y el fuego amenazaba las horas que se venían encima. El padre de los gemelos Schultz se quitó la vida prendiendo fuego a los muebles del laboratorio. Era químico y fabricaba medicamentos subsidiados. Los niños siempre creyeron que los volcanes, y no las deudas acumuladas, fueron la razón del desastre que los dejó huérfanos. Un mes después, la madre también los abandonó: se fue de casa sin dejar notas de despedida ni dinero. Su amante trabajaba para los acreedores del padre. También se llamaba Max, como el mayor de los gemelos.

Los abuelos se hicieron cargo de ellos. Los hermanos se abrazaron. El mayor dijo: Siempre estaré contigo. Max estudió en una escuela militarizada; Gustave, en una de sacerdotes: era más pacífico y nunca necesitó que le pegaran. El ambiente en que fueron educados resultó clave para situarlos en los opuestos: mientras que uno ingresó a la marina, el otro se hizo ingeniero. Gracias a una beca, Gustave terminó sus estudios en los Estados Unidos. Viajó a bordo del *Dresden*, se inscribió al Colegio de Ingenieros de Yerbabuena, no hizo amigos y tampoco sacó muy buenas notas. Le encantaba la cerveza. El día que le dieron su título se fue directo al correo a ponerle una carta a su gemelo. Su hermano nunca contestó, pero ese día Gustave leyó un cartel que ofrecía empleos y contratos fijos. Primero trabajó en la empresa constructora que edificó la biblioteca pública de Buena Esperanza y luego se convirtió en funcionario de la Red Dragon Company. Necesitaban un incauto, de modo que sus jefes fletaron un barco y lo enviaron a esta orilla del mar para remplazar a dos subgerentes que no resistieron el clima o bien fueron atacados por las voces que invadieron su fuero interno, tal vez toda la isla.

Los aspirantes a profetas que no logran triunfar terminan convertidos en historiadores. Gracias a esta especie, siempre contaremos con

alguien capaz de afirmar que el espíritu del número dos es el espíritu del mártir, del rey sin corona o del bateador emergente que sufre el olvido por parte de la prensa y el aprecio de los conocedores y de los académicos que se pasan toda la vida demostrando la viabilidad de las cosas que nunca sucedieron. Si Gustave Schultz aceptó representar el papel del número dos fue porque tenía muy claro que, a diferencia de su hermano, su destino era el del Diablo, es decir, el de un actor de reparto. El segundón obligado y necesario, pero segundón.

A finales del Siglo Negro la Red Dragon Company se interesó en la naturaleza del Océano Pacífico. Quería recolectar todo el guano posible y venderlo a precio de oro. La llamaron “Fiebre de la mierda”. A bordo de los vapores *Rival* y *Navarra*, esta y otras compañías organizaron infinidad de recorridos que permitieron evaluar las riquezas minerales y excrementicias de la zona. Isla por isla. En una de esas travesías, Schultz aprovechó para arrancar de las Revillagigedo un total de once palmeras que serían las primeras en sembrarse en su atolón.

La tercera vez que el *Rival* atracó aquí, los trabajadores japoneses y filipinos creyeron que la nave era una embarcación de once mástiles. Insolados y tras años de explotación, la idea de multiplicar cocos y beber tuba hizo que las palmeras estuvieran colocadas en su sitio en menos de media semana. Una década después esas palmeras ayudaron a que un puñado de náufragos pudiera combatir el escorbuto. Cuando el terremoto del Año del Agua inundó la isla, todo se desacomodó en la cabeza de Schultz. Desde el risco él y sus hombres bebieron agua de coco, contaron los días haciendo cortes en la cáscara de la fruta y, usándola como un cuenco, capturaron agua de lluvia suficiente para un vaso. El ansia.

En las antípodas del mundo su hermano jugaba a los naipes. Pasaba los ratos libres en el salón de oficiales que la marina alemana tenía en el casino de Hamburgo. En la barra, pidió un vaso de agua con bicarbonato. Tuvo acidez estomacal toda la tarde. Al terminar la partida ya era dueño de un destartalado velero de diecinueve pies y velas rojas.

Durante los tiempos buenos, los trabajadores de la Red Dragon hicieron un muelle, instalaron una vía cuyos carros y rieles harían más eficiente la explotación del guano y construyeron quince casas que se sumaban a las dieciocho chozas en las que se hacinaban los trabajadores.

En Alemania, el gemelo de Schultz se volvió experto en determinar las corrientes marítimas y el gobierno le pagaba por leerlas. Lo entrenaron, le dieron una casa, conoció a una mujer increíblemente guapa. Tuvieron dos hijas, un gramófono, un perro.

Gustave Schultz odiaba los desperdicios. Después de un muerto por accidente y varios meses de esfuerzo, el capataz ordenó que terminaran de tumbar las casas que alguna vez se alzaron en la zona conocida como bahía de Eggs para levantar un nuevo pueblo. Los obreros debían aprovechar la madera que, de Sauzalito, California, había hecho traer su antecesor, un tal Douglas Freeth. Esa madera lo había resistido todo. El proyecto del nuevo pueblo incluía una “Casa Principal”, así como un enorme galerón para amontonar “chinos” y una biblioteca cuyos documentos acabarían disueltos por el mar o, más tarde, secuestrados por el guardafaros que la isla se merecía. Por lo pronto, el alemán se negaba a parecer un náufrago.

A estas alturas, mis jueces se estarán preguntando cómo fue que la isla se llenó de “chinos”. La verdad es una invención humana: la respuesta está en el paisaje y el pasiaje en los cinco viajes contratados por un empresario nonagenario nacido en Nagoya que respondía al nombre de Ken Endo. Con el paquebote *Rival* y, a veces, con la goletilla *Navarra*, el empresario fue saturando la isla de trabajadores que habían llegado a las costas de California con la idea de alcanzar el sueño americano. Sin que el gobierno de los Estados Unidos les diera permiso para bajarse del vapor que los traía de Hong Kong, Osaka o Manila, los “amigos amarillos” (*yellow fellow*: así los llamaba Schultz) fueron prácticamente adquiridos por tandas que la Red Dragon fue pagando poco a poco y gracias a las ganancias que los propios “chinos”, prácticamente reducidos a la esclavitud, generaban. Fue un negocio redondo que duró cuarenta años. Para Schultz también fue un placer, aunque bien distinto al de su gemelo al otro lado del planeta: a Gustave Schultz le gustaba “jugar” con sus amigos amarillos, mientras que su hermano se aficionó a los barcos y los domingos solía trabajar en la reparación de su velero. Encargó herramientas, compró maderas, armó un galpón en su casa. Su mujer le preparaba limonada, su hija mayor corría alrededor.

A finales del Siglo Negro el gobierno mexicano otorgó a la Red Dragon el privilegio exclusivo de la explotación del guano que se encontrase en “todas las costas pertenecientes a la República mexicana en el Océano Atlántico y en el Pacífico exceptuando las tres islas llamadas Marías” y Ken Endo vio ahí un nicho de oportunidad. Diez años después, el empresario ya había acumulado un millón de dólares.

Endo y un socio de apellido Norton decidieron el futuro de Schultz sin haberlo visto nunca, mucho tiempo antes de que el alemán supiera siquiera que existía la isla. Basta echar un ojo a los archivos contables del puerto de Oakland-Contra Costa o a los documentos que alguna vez pertenecieron a la biblioteca pública de Buena Esperanza. En ellos se asientan distintas operaciones financieras de los empresarios. En los compendios de haberes y deberes, Norton paga para importar del Japón una colección de muñecas de porcelana con el sello de la familia de artesanos Hori. Más adelante, en otros renglones, los empresarios de la Red Dragon patrocinan la expedición de un velero cuya misión sería encontrar tesoros en lo que una vez fue la Ruta del Galeón de Manila. También se registra que los socios pagaron en moneda española la adquisición de acciones pertenecientes a una nueva compañía explotadora de guano, destinando otra cantidad a la compra de las toneladas de arroz con que, meses más tarde, el socio de Endo perdería toda su riqueza.

Al enterarse de que el gobierno americano había entablado una demanda en su contra, y sin preocuparse un minuto por su socio, el empresario japonés se fugó a su pueblo natal en la bahía de Nagoya. El exilio autoimpuesto duró años.

Una vez prescritos los delitos de especulación y en contra del Estado, Ken Endo hizo un viaje a los Estados Unidos: fue a San Francisco porque su abogado le recomendó poner toda su atención en el único punto débil de su imperio: la Oceanic Phosphate Ltd., empresa angloamericana que originalmente perteneció a lord Stanmore, hijo del ex primer ministro de Inglaterra, lord Aberdeen.

El oro blanco al que hacían referencia los reportes de sus asesores no era otra cosa que el guano que sus “dragones rojos” explotaban con obstinación y bajo la tiranía de Gustave Schultz. Todo habría ido de maravilla de no haber sido por la naturaleza y sus dones.

El último viaje de Endo a América resultó inútil. La tragedia del Año del Agua estuvo encabezada por el Jinete del Hambre y tuvo su

origen un 24 de agosto, con el fatídico terremoto que también destruyó San Francisco. Según el llamado *Informe Joseph*, la tierra traída por el vapor *Rival* para sembrar verduras y frutas en el atolón se diluyó en el agua salada luego de aquella mañana en que el mar se retiró. Si contamos desde la línea de playa, debieron ser unos cinco kilómetros. Eran las once en punto cuando los trabajadores de la isla pudieron ver en su plenitud la Corona de Cristo, el arrecife que había causado cuatrocientos naufragios.

El mar se alejó hacia el horizonte y un silencio sordo se adueñó de la isla. Entonces pudieron verse, entre los bordes filosos del coral, muchos restos de metal, muebles, quillas y esqueletos de barco, como los restos de un bocado que se hubiera quedado atorado en la dentadura de un dragón.

Ésa fue la primera vez que Schultz se arrancó un mechón de pelo, y probablemente también cuando pronunció su primer discurso ante la clara presencia de Nadie, como empezó a decirle a Dios. Ni padre ni hermano: Nadie. Sin embargo, para Nadie la oportunidad de mirar ese tipo de maravillas de la naturaleza tiene que pagarse siempre con un castigo del Cielo.

Meses más tarde, dirigiéndose a Nadie, el gerente de la Red Dragon recordaba aquellos días como un momento clave. Dios escuchaba atento, sin pronunciar palabra, tan callado como el día de su llegada a la isla, mientras Schultz peroraba: En nuestros pies sentimos crujir la tierra, vimos las piedras levantarse. Todo mundo empezó a correr en direcciones opuestas, como si fueran insectos huyendo del dedo con que Tú aplastas islas y cucarachas. Alguien debería encerrarte en una celda, le dijo.

Los más enloquecidos corrieron hacia la tierra recién emergida tratando de arrancar de las fauces coralinas algunos de los tesoros ahí atorados, mientras otros deambulaban sin sentido, chocando como bolas de billar que se encuentran en un punto y luego salen disparadas en direcciones opuestas.

En medio del terror, la situación semejaba una historia bíblica. En cualquier caso los gritos en todas lenguas, confundidos con las oraciones de los pájaros bobos, no sirvieron para salvar a casi nadie: el mar regresó convertido en una ola de quince metros que hizo desaparecer la isla durante diez días. Cuando todo volvió a la calma, la geografía del lugar había cambiado por completo: el canal que conectaba

su laguna interior con el océano había desaparecido, junto con la isleta que reinaba en su centro; los cangrejos tardaron días en salir de sus escondites, la mayoría de las aves emigró, pero muchas se ahogaron. De las construcciones humanas sólo quedaron ruinas, algunos trozos de madera y los rieles tendidos bajo el mando de Schultz. De los cien *yellow fellow* sólo sobrevivieron aquellos que se amarraron con cadenas a la cima de la Gran Roca. Los primeros días no comieron casi nada, pero compartieron con Schultz el agua de lluvia que recogieron en las cáscaras de coco.

Esa semana el gemelo de Schultz estrenó el velero que había reparado con sus propias manos. Lo botó en un lago de aguas tranquilas. En esa parte del mundo todo estaba bien. La noche antes de zarpar soñó con una lancha llena de fantasmas que rodeaba su casa para toda la eternidad. Despertó angustiado. En la cocina su mujer preparaba el desayuno. Por la tarde dieron otra vuelta, probaron las velas y organizaron una comida familiar mientras se deslizaban sobre las aguas lisas. Dos semanas más tarde, el experto en mareas recibió la carta del gobierno sudafricano que lo invitaba a dirigir un centro de estudios dedicado a la ingeniería de las costas. Aceptó porque quería ganar paisaje y ver otros mares. El gobierno anfitrión se encargaría de la mudanza e incluso de transportar el nuevo velero hasta Sudáfrica. Max Schultz viviría con su familia en Ciudad del Cabo y ahí se convertiría en Dios; fueron años de gozo y proyectos imposibles: diques, escolleras, dragados. Compró una casa gigantesca, se hizo de un poder franco y eficaz, de trabajadores obedientes y de un montón de perritos conocidos entre las ancianas y las solteronas como “perros lameculos”.

En el infierno todo era distinto. Los sobrevivientes volvieron a sembrar las palmeras que habían sido arrancadas de cuajo, pero de las once que en su momento había traído a la isla el vapor *Rival* sólo echaron raíces nueve. El resto, junto con los tablones de lo que una vez fueron barracas, se utilizaron en las fogatas conforme se iban secando.

Cuando se impuso la necesidad de comer, engañaron al hambre con trozos de palma y con cocos; pero una semana después incluso esas provisiones se habían agotado. Uno de los habitantes de la isla murió de agotamiento o de gripe. Frente al cadáver, los sobrevivientes, encabezados por Schultz, se miraron a los ojos y tácitamente

acordaron alimentarse de carne magra. Quedaban vivos veintisiete y el perro llamado Apolo. Se racionó la carne, siempre en espera del barco con víveres y de la nueva guarnición que la Red Dragon había prometido enviar, pero el barco nunca llegó y el hambre cobraba vida en el vientre de los hombres.

Decidieron matar al perro pero, luego de declarar que Apolo era su mejor amigo, Schultz mató de una puñalada al hombre que estaba a su lado: fue éste quien sirvió de pastura para los demás. A Schultz nadie le reprochó su proceder, porque de lo que se trataba era de que alguien muriera para que el resto pudiera salvarse en tanto esperaban la llegada del barco. Pero la provisión de carne duró muy poco, y volvieron a plantear que era turno del perro. No fue así, porque el alemán mató a otro. Ahora había carne, y lumbre no faltaba para asarla: con pedernales, yescas y una lupa encendieron el fuego al que aplicaron los restos de madera ya seca.

Schultz velaba el sueño de los demás. Les “decomisó” todos los cuchillos, únicas armas disponibles después de que las pistolas se echaran a perder. Entre las sombras de la noche, alumbrado apenas por el fuego, el alemán preparaba la carne. Descartado el perro, uno de los hombres quiso defenderse, pero Schultz fue certero con el cuchillo. Siguieron comiendo.

Meses después, precisamente el 24 de noviembre, la República francesa pudo comprobar, por intermedio del jefe de la División Naval del Océano Pacífico, que en la isla sólo habitaban cuatro personas: el capataz de la compañía guanera y tres “chinos”. El reporte dice que, al ver aparecer los barcos, los sobrevivientes izaron la bandera norteamericana. Días después la diplomacia francesa pidió explicaciones al gobierno de los Estados Unidos. Éste respondió que no había otorgado concesión alguna a la Red Dragon y que no pretendía reclamar ninguna jurisdicción sobre la isla.

Ese mes, al otro lado del mundo, Max Schultz predijo una marejada. Salvó al pueblo. Ciudad del Cabo cayó a sus pies.

Más allá de que los norteamericanos mintieran a los franceses, y secretamente ambicionaran la soberanía de la isla, lo cierto es que ninguna de las dos naciones supo bien a bien lo que habían padecido los supervivientes del maremoto.

Tres años después, el 21 de diciembre del Siglo Negro, que los mortales tienen catalogado en el número XIX, el consulado de México en

San Diego vino a corroborar la misma información en un documento que informaba del estado de salud de los hombres que vivían en la isla y del fallecimiento de otros muchos. Reconociendo que todos subsistieron a base de carne salada (no se dice más) y agua de lluvia, la burocracia autorizó al buque *Rival* recoger a los japoneses y entregar víveres frescos, junto con una nueva cuadrilla de cuatro trabajadores. Éstos permanecerían bajo el mando de Gustave Schultz, quien voluntariamente decidió quedarse en el atolón. En ninguna parte se explican sus razones.

A través de una carta firmada por el empresario Ken Endo, la directiva de la Red Dragon pidió al alemán disculpas por lo sucedido, pagándole una enorme indemnización y firmando un contrato por quince años adicionales de servicio que, con una ficha de depósito bancario, adelantaba el mejor salario jamás ofrecido por una compañía ganera. Todo, con tal de que Schultz se quedara al mando de un puesto que nadie quería y que en aquellos años resultaba clave para las futuras explotaciones minerales. Obsesionado con rehacer las vías del tren y bucear en la zona para rescatar los tesoros entrevistados, Gustave Schultz aceptó sin chistar.

Pero la tranquilidad que proporciona el dinero nunca es suficiente. El alemán amanecía todos los días bañado en sudor. Entonces oraba por el perdón de las almas que, después de lo ocurrido en el Año del Agua, guardaba en sus entrañas. Sentía que no tenía la dignidad suficiente para buscar a Max y que no merecía ser amado por nadie. Por eso se prometió frente al espejo que si lograba adueñarse de una porción de la fortuna que pudo ver el día que el mar se alejó de la isla, la utilizaría para hacer bien en la Tierra y vestir de seda a todos sus amantes amarillos: sus *yellow fellow*.

El infierno sería su casa.